

Poemas

Peter Redgrove

EN LA FARMACIA

para Wendy Taylor

Prodigio: al otro lado del frasco, sobre el rótulo,
una polilla de alas bordadas ensombrece
el vidrio. Sin aviso, echa a volar y cambia

de frasco. Bajo el cuello de cristal
otra etiqueta reza *Lapis invisibilitatis*:
beber de esta botella nos haría invisibles.

Etiqueta ambulante, la polilla gravita
de un frasco a otro, roza con sus ropas de harina
el mármol, y en su lengua rasposa se debaten

el azúcar del cuello, las gotas del tapón:
como un conejo de alas chillonas, la polilla
extrae de los fármacos su esencia, se revuelca

de jarra en jarra y sella en cápsulas su propia
meditación, implica en su metamorfosis
nuestra explícita medicina.

¿Y la pócima,
el filtro de la invisibilidad? El gusano recuerda
que ha de morir, y muere (como rezaba el rótulo),

todo acaba en el líquido interior del capullo
donde sólo la pulpa medita, sólo el nervio
extenso como una raspa de arenque,

y ya en torno a ese nervio tiernamente se abren
nerviosas alas donde, con bella letra antigua
de boticario, escrita se perfila: la fórmula.

(1985)

POTRO ASOMADO A UN MURO DE PIEDRA

para S.C.

Un potro moja sus ollares
en la penumbra árida
embalsada en las grietas,
bebe de la penumbra costanera
que habita tras los muros
en los huecos de piedra seca.

En su hocico, la luz: vaina de piedra.
Desde la oscuridad del cráneo, hija del muro,
los ojos nos observan como espejos de piedra,
y el potro es mitad luz y mitad sombra,
carne y piedra fundidas,
mientras posa el hocico en el muro en penumbra,
como un potro forjado, en parte, con nubes plateadas,

y en parte es una roca con ollares y crines,
mirando tras el muro las piedras esparcidas
donde el musgo se hincha, humedecido,

coral que sopla agua espumada bajo sus crines.

(1987)

EL GATO DE ZOE

Es joven, y muy fino, y de un negro tan limpio
como si hubiera emergido de un salto
desde el oscuro fondo de la noche. Con ojos

dorados como yemas, escudriña
sobre el cristal helado las gotas de rocío
de su aliento y el nuestro: piensa que son ratones.

Un anillo de gotas patina por el vidrio
y rompe contra el marco: su zarpa se dispara
y sostiene y exhibe el agua escasa

con ceño inquisidor y, sin dudarlo,
la lengua se dispara y lame y bebe,
toma ese agua inocente

que al fin estalla en luz.

(1989)

TRUENO DIMINUTO

Con hábil gesto de muñeca, el técnico
me arranca un diente.
Ni lo siento, tal es
su destreza.
Se diría un botón
desprendido de la camisa,
aunque esta imagen
no explique mi ceceo.

Luego, ya en casa,
lo estudio:
pequeño, cavernoso
fragmento de marfil
manchado. En él
uno podría,
sin muchos cambios,
tallar un templo taoísta
con plantas de bambú,
y escalera, y cigueñas
y, encima del templo, una diminuta
cúpula de cristal
como corresponde a un lugar sagrado.

Invisibles desconocidos
se pasearían
de un extremo a otro de la escalera
conversando descalzos
con pies sensibles
como mi lengua, que ya reconoce
cada grieta de este recinto
liliputiense aunque, en su día,
atada a las piedras de mi cabeza,
esta otra piedra
me pareciese siempre
la forma condensada
de una inmensa cumbre o cordillera
golpeada por la lluvia
y el trueno diminuto de mi voz.

(1993)